



LOS NIÑOS DE CORAL

Carlos Roselló

LOS NIÑOS DE CORAL



Primera edición: abril 2025

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Carlos Roselló

ISBN: 979-13-87612-98-6

ISBN digital: 979-13-87612-99-3

Depósito legal: M-8596-2025

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Para Carla

Cualquier rinconcito de este mundo finito
puede ser convertido en todo un paraíso.

JULIAN RAD

ÍNDICE

Preámbulo	13
Capítulo I Takao. 7 de enero de 1881	15
Capítulo II Operación Isis. 18 de abril de 1943	25
Capítulo III Gabriel. 25 de abril de 1943	31
Capítulo IV Sueños.....	41
Capítulo V Una cita frustrada	49
Capítulo VI Xiao	53
Capítulo VII ¡Niños!	59
Capítulo VIII Estrellas	67
Capítulo IX Un nuevo intento	75
Capítulo X Lakshmi.....	79
Capítulo XI Iván y Jean Michel.....	85
Capítulo XII Viajeros	91
Capítulo XIII El consejo de ancianos.....	97
Capítulo XIV La ciudad submarina	101
Capítulo XV Diario.....	105
Capítulo XVI El regreso de la guerra	107
Capítulo XVII Sato	115
Capítulo XVIII El soplón del mandamás de turno	121

Capítulo XIX Recuerdos.....	125
Capítulo XX Thávma	129
Capítulo XXI ¡Ataquen!	139
Capítulo XXII Reencuentro	143
Capítulo XXIII Dédalo	153
Capítulo XXIV Kamikaze (viento divino)	155
Capítulo XXV Homenaje	159
Capítulo XXVI Encanto	161
Agradecimiento	163

Preámbulo

El día 23 de marzo de 2018, el diario *El Mundo*, de España, publicó en su edición de internet un artículo titulado *De la muerte, de la mala suerte... Estas son las islas más siniestras (y misteriosas) del mundo*.

La quinta y última de las islas a las que se aludía era la llamada «*Isla fantasma*». Sobre ella decía:

Sandy island supuestamente estaba ubicada en aguas territoriales francesas, entre Australia y Nueva Caledonia. Aparecía en los mapas de Google Earth y en los de Times Atlas of the World, aunque actualmente no se le nombra en ningún documento oficial del país galo. Concretamente en Google Earth se pudo apreciar su silueta —de aproximadamente 30 kilómetros de largo— durante mucho tiempo. Pero cuando en 2012 una expedición científica de la Universidad de Sídney recorrió la zona, descubrieron que la isla no existía. Es más, registraron en esa misma área una profundidad de 1.400 metros. La hipótesis que suena con más fuerza es la que argumenta que esta isla fantasma podría tratarse de una balsa grande de pumita o piedra pómez, hecha por lava volcánica. Algo que choca con lo recogido por el diario Hobart Mercury en 1877: un año antes, en 1876, un barco de la marina británica había llevado a cabo una expedición en Sandy. También el Servicio Hidrográfico Francés aseguró haber observado el islote en numerosas ocasiones. Pero desde 1979 dejaron de verlo, por lo que decidieron eliminarlo de sus mapas.

La que sigue es una historia inspirada en este extraño suceso que transcurre en el mar, el cual está colmado de misterios insondables...

Capítulo I

Takao. 7 de enero de 1881

El primer terremoto había sido tres días atrás, y no fue sino hasta la mañana del siguiente que la tierra volvió a temblar. Los dos habían sido de escasa magnitud y duración. El que se produjo ayer a la tarde no fue diferente de los anteriores. Pero el de esta mañana, hace minutos, vaya... ¡ese sí que lo fue! Este había sido el más poderoso y extenso de todos. «Nada de esto podía ser bueno», pensó Takao.

No recordaba si cuando habían llegado a la isla en el bote salvavidas, cuatro días atrás, la cresta del volcán ya echaba ese humo denso y negro que le estaba comenzando a asustar en la playa. Es que sus recuerdos eran borrosos porque aún no había dejado de temblar, luego de que milagrosamente se salvaran de morir ahogados.

Un miedo helado recorría de inmediato la espalda de Takao apenas recordaba la feroz tormenta que llegó de la nada en el Océano Pacífico. Esta, con sus olas gigantes, hundió al Ryu en cuestión de minutos. Su padre, Hiroshi, tan pronto se dio cuenta de que el viejo barco comenzaba a hacer agua, luego del impacto de una ola gigante, emprendió una loca carrera hasta el camarote de proa, bajo cubierta, desde donde lo sacó con lo puesto. Mientras Takao quedó temblando de miedo como una vara al viento en el bote salvavidas de babor, Hiroshi se adentró una vez más en las entrañas del pesquero agonizante. Su padre, desesperado, buscaba

miembros de la tripulación que estuvieran en problemas. En la cocina del barco, que había sido tomada por las llamas, Hiroshi finalmente logró encontrar a sus dos amigos, Isao y Katashi. Los dos, aunque quemados en buena parte del cuerpo, lograron con su ayuda también subir al bote salvavidas en el que esperaba Takao. La pericia de Hiroshi fue la que liberó al bote con los cuatro náufragos a poco de que el mar embravecido por la tormenta engullera al Ryuu. Esa imagen no se borraría jamás de la mente de Takao, porque sucedió momentos después de escuchar al señor Germain gritar la orden de abandonar el barco.

Mojado y asustado, Takao sintió la proximidad del frío de la muerte. Fue entonces cuando cerró los ojos y juntó las pequeñas manos para hablar con Dios. El niño solo le pidió que hiciera el milagro de que los vientos huracanados y las olas gigantes no hundieran la cáscara de nuez que era el bote salvavidas de babor, en el que los cuatro se habían refugiado. Lo que Takao lamentaría después era no haber pedido en ese momento también por el bote salvavidas de estribor, que era al que habían subido el señor Germain y los restantes tripulantes. «Ojalá que Dios sí se haya acordado de ellos y todos estén sanos y salvos», deseó Takao.

Hiroshi, para Takao, era el mejor padre del mundo. También su mejor hombre por prestar permanentemente su atención y cuidados a Isao y Katashi. Estos ahora yacían en la entrada de la caverna, a resguardo del abrasador sol del mediodía. Era evidente que los amigos de su padre empeoraban a cada hora, y no había medicinas para tratarlos. La corta edad de Takao no fue obstáculo para advertir que Hiroshi estaba devastado. La agonía de sus amigos, el hundimiento del Ryuu y, seguramente, la incertidumbre sobre lo que deparaba a todos el destino, lo habían transformado en un hombre serio y de semblante duro.

En algún momento de la tarde del cuarto día que llevaban en la isla, Hiroshi invitó a Takao a explorar la caverna, a condición de no alejarse demasiado. Lo que en realidad el padre quería era que el niño evitara ver a los heridos, los cuales habían comenzado a

delirar. Takao sin más aceptó, y pronto se adentró en la caverna. Le encantaba explorar, cosa que habitualmente hacía en el pesquero. Extrañaría al Ryu, su segunda casa luego de la muerte de Akira, su madre.

La familia de Takao era originaria de Murakami, un pequeño pueblo pesquero sobre el Mar del Japón, que separa a dicho país de China y Rusia. Hiroshi no soportaba la casa sin Akira. Luego de su muerte por una súbita y cruel enfermedad, el vacío que se abrió en su vida le llevó a vender todas sus pertenencias y embarcarse junto a Takao en el primer barco que zarpó de Murakami. Eso sucedió una calurosa tarde, dos años atrás. El cambio de aire que Hiroshi necesitaba lo encontró finalmente en Numea, Nueva Caledonia, ubicada en el Océano Pacífico sur. Este era el destino del barco al que subieron, pero cuyo padre jamás preguntó.

Hiroshi tuvo la fortuna de conseguir trabajo a poco de desembarcar, gracias a un aviso que exhibía una cartelera cercana dando cuenta de una vacante en el Ryu. Este era un viejo barco pesquero a vela de dos mástiles, que necesitaba un tripulante. Su capitán, un francés al que todos llamaban simplemente señor Germain, era un hombre mayor, bueno y comprensivo, que no tuvo reparos en aceptar que Takao viviera en el barco junto a su padre.

El Ryu recorría habitualmente las costas de Numea, sobre el Océano Pacífico. Luego de que su bodega desbordara de pescado y no antes, volvía a puerto. En este, bajo la atenta mirada del señor Germain, los empleados de la compañía dueña del barco lo descargaban en un procedimiento que no insumía más de cuatro horas. Mientras su bodega se vaciaba, el barco era al mismo tiempo aprovisionado, por lo que zarpaba apenas volvía a estar en condiciones de pescar.

Durante el día, la vida de Takao a bordo del Ryuu se dividía entre la exploración del pesquero y la lectura. En la noche, con su padre, aprendía álgebra, geografía, historia e inglés. Le gustaba oír de su padre, luego del tiempo dedicado a su formación académica, vivencias y recuerdos de su madre. Esta era la forma en que ambos

la veneraban. La muerte de Akira fue también un golpe devastador para Takao. Y si logró sobrellevarla, fue únicamente merced al inagotable cariño paterno. Hiroshi siempre estaba con su hijo; le obsesionaba que fuera bien educado. Para ello, luego de cumplir agotadoras jornadas de trabajo durante el día, intentaba aprovechar la tranquilidad nocturna de su camarote para enseñar a Takao todo cuanto sabía. Y después, para que se durmiera, Hiroshi solía contar historias de mar que fascinaban a su hijo.

El camino de arena y rocas que se adentraba en la cueva, y que recorrió durante un buen tramo, comenzaba a estrecharse. Un resplandor se dejaba ver más adelante, donde el espacio circundante se había reducido a un pequeño pasaje.

Al llegar al final del camino, Takao descubrió que se bifurcaba en sentidos contrarios. El que se abría a su derecha era desde el cual provenía el resplandor que tanto le traía, al igual que una suave brisa fresca con olor a mar. Una vez que recorrió el tramo restante, descubrió que el resplandor se originaba en otra gran caverna que, sin más, se abrió ante sus ojos. La misma tenía la forma de un volcán de grandes proporciones, a través de cuyo cráter se veía el cielo. Al mirar hacia abajo, una laguna de color turquesa intenso, rodeada de una arena inmaculadamente blanca, lo deslumbró. Un camino de piedra con formato de ojo de cerradura, a escasos centímetros del agua, se extendía desde la arena hasta el centro mismo de la laguna. El camino terminaba en un círculo casi perfecto. El cráter, que se ubicaba exactamente encima de este último, era el lugar por donde se filtraban los rayos del sol de la tarde que iluminaban un lugar cuya belleza era de ensueño.

Al cabo de unos momentos, sin embargo, un ensordecedor trueno alertó a Takao sobre la proximidad de una nueva tormenta. La misma se movía rápido, porque prontamente la luz y el cielo azul fueron devorados por negras nubes de horrendas formas. La caverna quedó entonces iluminada únicamente por el extraordinario resplandor del agua turquesa de la laguna. Y entonces llegó la

lluvia, que comenzó a caer a través del cráter. Por efecto del reflejo del agua, lo que parecía llover eran cristales.

Pero como ya hacía varios días que estaba en una playa, Takao prefirió la aventura de explorar algo diferente. Entonces decidió volver sobre sus pasos y recorrer el otro camino, que era el de la dirección contraria. Con sus ocho años consideraba que había cosas más importantes que echarse en la arena, o darse un baño.

La caverna a la que lo condujo el otro camino difería de la que antes había descubierto. Si bien era más grande, esta estaba prácticamente a oscuras; tenía, además, aspecto tenebroso. Solo unos cuantos orificios en la estructura superior de la roca volcánica permitían que la oscuridad no fuera absoluta. El calor en esta caverna era intenso. Y tanto, que comenzó a transpirar copiosamente.

Una vez más, otro terremoto, el de mayor virulencia de los que recordaba hasta entonces, comenzó a sacudirlo todo a su alrededor. En la caverna oscura se desmoronaban rocas de tamaños diversos que, luego de estrellarse contra la arena con un sonido apagado, acaban por rodar hasta la laguna para perderse bajo el agua.

Takao era valiente, como todo buen pescador. Lo había aprendido de Hiroshi, que, poco a poco, había comenzado a enseñarle el arte de la pesca a bordo del Ryu. Además, ya sabía lo que era estar a merced de las tormentas; incluso ser un náufrago durante varios días. Fue por lo que no temió ni al terremoto, ni a lo que había comenzado a moverse debajo del agua de la laguna. Lo que fuera se incomodó, seguramente por los temblores y las rocas que caían y eran luego engullidas por la laguna. En algún momento, lo que aquello fuera dejó ver parte de su cuerpo en la superficie. Takao, sin embargo, no logró identificarlo por la oscuridad reinante. Era un ejemplar de grandes dimensiones, marrón y con una gran aleta dorsal. Tal vez podría tratarse de un pez espada, pensó. Y entonces tuvo una idea, al recordar a Hiroshi, Isao y Katashi. Todos estaban mal alimentados. Era claro que pudo ser peor de no haber sido una vez más por Hiroshi. Este, en ocasión de rescatar a sus amigos de

las llamas de la cocina del Ryuu, logró hacerse con un poco de pan y un barril pequeño de agua.

El plan que Takao pronto había ideado para saciar el hambre de la tripulación sobreviviente era muy sencillo. Una vez que encontrara algún cangrejo, lo pondría como carnada en el anzuelo atado a uno de los extremos de la bola de hilo de pescar que siempre llevaba en el bolsillo trasero de su pantalón, conjuntamente con una pequeña plomada. Luego de dar vuelta a varias rocas en la arena, la penumbra reinante no fue obstáculo para que encontrara el cuerpo inerte de un magullado cangrejo. Apenas lo atravesó con el anzuelo, sin más trepó a la roca más alta que encontró. Esta era una que sobresalía abruptamente sobre la laguna. A continuación, tomó impulso y lanzó con todas sus fuerzas el anzuelo con el cangrejo y la plomada al agua. No había recobrado la postura, cuando un nuevo terremoto, ahora ensordecedor y más potente aún que el anterior, volvió a sacudir la isla. Esta vez perdió el equilibrio y cayó varios metros, golpeando su cabeza contra una roca. Y con tanta mala fortuna que sangraba copiosamente.

Luego de que su cabeza dejara de darle vueltas, se incorporó. No le asustaba la sangre que caía y que había comenzado a mancharle la ropa. Los pescadores valientes ignoraban las heridas menores. Pero tenía que volver a la entrada de la caverna. Seguramente Hiroshi le regañaría al percatarse de su estado, pero le explicaría lo del pez espada. Su padre entendería; él lo entendía todo.

A duras penas, tambaleándose, logró dejar atrás la caverna oscura. Tenía que apurar la marcha porque sus fuerzas le abandonaban, al igual que la sangre del cuerpo. El resplandor de la caverna de la laguna de agua turquesa fue advertido seguidamente por sus ojos. Confundido y mareado, creyó que se trataba de la entrada a la caverna. Hiroshi debía estar esperándolo; su padre estaría preocupado por él. La luz había comenzado a parecerle una bendición cuando, a poco de alcanzar el círculo casi perfecto del camino de piedra con forma de ojo de cerradura, que culminaba en el centro de la laguna, se desplomó inconsciente.

Gritaban su nombre... Luego de lo que le pareció una eternidad, escuchó que alguien le llamaba.

—¡Takao, despierta! ¿Estás herido? ¡Hay sangre en tu ropa!

Hiroshi se había adentrado en la profundidad de la caverna en busca de su hijo, apenas comprendió que el volcán estaba por entrar en erupción. Las continuas sacudidas de gran magnitud que ahora soportaba la isla, apenas le permitían caminar y mantenerse erguido. Finalmente, Hiroshi encontró a Takao caído al final de un camino de piedra que llevaba hasta el centro de una hermosa laguna de agua color turquesa.

Las sacudidas de su padre pronto le despertaron.

—Estoy bien, padre —respondió.

—Entonces, vamos, hijo. Ponte en pie... ¡No hay tiempo que perder!

Takao, aún somnoliento, debía contárselo a su padre. Lo que había sucedido era muy importante por lo maravilloso. Se lo dijo sin más.

—Estuve con un ángel, padre.

—Luego, Takao. Debemos irnos. ¡Vamos! —respondió Hiroshi.

—Pero, padre, el ángel me ...

Hiroshi tomó sin más a su hijo del brazo y comenzaron a correr. Cayeron y tropezaron infinidad de veces. El tiempo parecía detenido mientras, a los tumbos, recorrían el camino de arena y piedras de regreso a la entrada de la caverna. Una vez que la alcanzaron, Hiroshi alzó en brazos al niño para que este no viera la agonía de Isao y Katashi. El padre corrió luego por la arena en dirección al bote salvavidas en el que habían llegado a la isla. Entonces, una explosión descomunal hizo trastabillar a padre e hijo. El tiempo se acababa.

Takao, en brazos, se asustó al ver la mortal nube piroclástica que comenzó a devorar la isla. Entretanto, la tormenta, al igual que un monstruo gigante de vientos huracanados, lluvia, truenos y relámpagos, tenía rodeada la isla con espeluznantes nubes negras

de rápido desplazamiento. Estas últimas llegaban hasta donde su vista alcanzaba. La isla misma, inexplicablemente, era un lugar en relativa calma. «¡Qué tormenta más extraña!», pensó Takao.

—Escucha lo que debo decirte, hijo mío —dijo Hiroshi, luego de ubicar a Takao en el bote salvavidas, que ya había liberado.

—Vamos, padre. ¡Sube! —gritó Takao.

Hiroshi encontró finalmente la fuerza necesaria para mirar a su hijo a los ojos, por última vez.

—No, hijo mío. No puedo ir contigo esta vez. Si lo hiciera, dejaría solos a Isao y Takashi. Ellos están muy enfermos y no pueden valerse por sí mismos. Tengo por ello que acompañarlos, Takao. Es por lo que hoy navegarás solo, mi pequeño valiente pescador. Será tu bautismo en el mar.

—¡No padre! ¡Por favor, tú eres lo único que tengo! —gritó Takao, aún sin dar crédito a las palabras que su padre pronunciaba.

—Comprende, hijo mío: tu vida es ahora lo más importante. Busca a la hermana de tu madre, tu tía Chitose, en Kōjimachi, Tokio. Ella es una buena mujer. Te cuidará.

—Pero, padre... ¡yo no sé vivir sin ti! —Takao desesperaba.

La isla quedó en sombras en el momento preciso que el volcán, a través de una ensordecedora explosión, comenzó a arrojar trozos de roca en llamas al aire. La lava brotaba ahora a borbotones del cráter. El tiempo se había terminado.

—Sé un buen hombre, Takao. Persigue tus sueños, vive honorablemente y, por sobre todas las cosas, busca ser feliz. ¡Te amo, mi bello hijo! Siempre estarás en mi corazón.

El último esfuerzo que Takao vio realizar a su padre esa tarde aciaga fue el de empujar su bote salvavidas mar adentro. Hiroshi también lloraba. Entonces recordó al ángel que había visto en la caverna y creyó que había tomado la decisión equivocada. Ahora, en lugar de encontrarse llorando solo en un bote salvavidas a merced de una infernal erupción volcánica y una feroz tormenta, ya podría estar con madre. Y, dentro de poco, también con padre. Los tres juntos por toda la eternidad...

El llanto de Takao se hizo mar cuando la isla, sorpresivamente, se desvaneció delante de sus ojos. La nube piroclástica la había devorado, al igual que a Hiroshi. Y entonces comprendió que, a partir de ese momento, su padre viviría solamente en sus recuerdos. Lo recordaría amable y paciente como siempre, como en aquella noche en el camarote del Ryu, cuando le enseñó qué eran la empatía y la solidaridad, y que cabía esperar de él particularmente en relación a los más necesitados:

—Si el valor de tus actos pudiera ser medido en altura, tu referencia deberían ser siempre las estrellas.

Capítulo II

Operación Isis. 18 de abril de 1943

La relación entre Estados Unidos y el Imperio del Japón había comenzado a deteriorarse de manera significativa a partir de la invasión japonesa de Manchuria, en el año mil novecientos treinta y uno. El vínculo entre ambos países, para el año mil novecientos cuarenta, había entrado definitivamente en crisis con motivo de que Japón también invadió la Indochina francesa. En tanto este país deseaba asimismo invadir las colonias británicas en el sureste asiático y más tarde las Antillas holandesas, el mando imperial japonés ordenó estructurar un plan tendiente a evitar que Estados Unidos acabara por impedirlo.

Luego de los análisis realizados, el plan elaborado consistía en lanzar un ataque sorpresa y devastador contra la flota estadounidense del Océano Pacífico, inspirado en la llamada «Operación sentencia», que tuvo lugar en la noche de los días once y doce de noviembre de mil novecientos cuarenta. Esta, que se conocería como la «Batalla de Tarento», se desarrolló en el Mar Jónico, y consistió en una acción preventiva de la Real Fuerza Aérea y la armada británica en la ciudad del mismo nombre, contra los barcos fondeados de la marina de la Italia fascista. La operación consistió en el ataque de varios aviones biplanos «Pez espada» lanzados desde los portaaviones HMS Águila y HMS Ilustre, y culminó dejando fuera de combate a grandes buques de la flota italiana. La consecuencia de esta batalla preventiva fue decisiva para los aliados de

la Segunda Guerra Mundial, debido a que marcó el fin de la guerra naval clásica de superficie y el comienzo de la carrera por la supremacía aérea de los mares.

La llama que desencadenaría la barbarie en el Océano Pacífico se enciende en la isla de Iturup, en el archipiélago de las Kuriles, el día veintiséis de noviembre de mil novecientos cuarenta y uno. Durante la mañana, y en secreto, una fuerza de ataque perteneciente a la Armada Imperial Japonesa, compuesta por los portaaviones Akagi, Kaga, Sōryū, Hiryū, Shōkaku y Zuikaku, y otros buques de guerra, zarpó de la bahía de Hitokappu, al mando del Vicealmirante Chuichi Nagumo.

Once días más tarde, a las siete y treinta y cinco horas del día domingo siete de diciembre, la orden del alto mando imperial que ponía en marcha la operación de ataque a Pearl Harbor, una isla distante más de cinco mil kilómetros de Tokio, pasaría a la historia.

Ese día amaneció soleado en Hawái. A las siete y cincuenta y cinco horas, sin embargo, y luego de emitirse la orden de ataque en clave «*Tora, tora, tora*», el infierno de fuego y muerte que se desató cambiaría el mundo para siempre. En esos momentos, y cuando aún descansaba la dotación de la mayoría de los buques estadounidenses anclados en la bahía, una primera oleada de ciento ochenta y tres aviones torpederos japoneses sobrevoló a baja altura la base naval de Pearl Harbor, en la isla de Oahu. La lluvia de metralla y torpedos a la que fueron sometidos los navíos amarrados al muelle, comenzaron a teñir de rojo las azules aguas del Pacífico, con la sangre de miles de marinos inermes. El Arizona, uno de los acorazados más grandes de la marina estadounidense, fue el que esa mañana se convirtió en el símbolo más devastador del ataque, al hundirse con toda su tripulación a bordo.

En una segunda oleada, otros ciento setenta aviones, esta vez bombarderos, destruyeron completamente la base aérea de la isla. Ninguno de los ciento ochenta y ocho aviones que en ese momento conformaba la dotación de la base estadounidense tuvo tiempo para despegar. Todos fueron destruidos en tierra.

Los noventa minutos que duró el ataque resultaron en el hundimiento o grave daño de ocho acorazados, tres cruceros, tres destructores, un buque escuela y un buque minero. Los estadounidenses perdieron dos mil cuatrocientos tres hombres, en tanto mil ciento setenta y ocho resultaron heridos. Esa luctuosa jornada se conoció como el Día de la Infamia y determinó que, al siguiente, el ocho de diciembre de mil novecientos cuarenta y uno, Estados Unidos le declarara la guerra al Imperio del Japón. La Segunda Guerra Mundial, hasta entonces concentrada en Europa, China y África, llegaba así el Océano Pacífico.

El ataque japonés a Pearl Harbor fue planificado por el comandante de la Flota Combinada Japonesa, almirante Isoroku Yamamoto. Entre sus compatriotas, algunos lo consideraban únicamente el marino de más prestigio en la armada; para otros, era el genio militar que llevaría a la victoria en el Océano Pacífico. Estados Unidos, en cambio, consideró al almirante Yamamoto un objetivo militar desde el día mismo del ataque a la flota del Pacífico.

Por ello, cuando a las ocho y treinta horas del día diecisiete de abril de mil novecientos cuarenta y tres, una estación de escucha en las islas Aleutianas interceptó un mensaje en código por el cual se anunciaba que el almirante Yamamoto realizaría una gira de inspección en las bases japonesas de las islas Salomón, que además incluía las horas de su traslado por aire, el plan de vuelo e incluso hasta la escolta que llevaría, el alto mando de Estados Unidos supo que el momento de vengar Pearl Harbor había llegado.

Horas más tarde, la escuadrilla trescientos treinta y nueve de caza de la Fuerza Aérea, con base en el aeródromo Henderson de las islas de Guadalcanal, recibía la orden de derribar el avión que transportaba al almirante Yamamoto, un bombardero bimotor Mitsubishi G4M. El plan consistía en atacar al avión y a su escolta, en el entorno de las nueve y treinta horas, de acuerdo al plan de visita protocolar programado. En dichas circunstancias, a las seis y treinta horas del día dieciocho de abril, despegaron de Henderson dieciocho cazas Lockheed P 38 Lightning, con tanques adicionales

de combustible. Para las nueve y treinta y cinco horas, y como resultado del éxito de la planificación realizada por el mando aéreo, el almirante Yamamoto había muerto.

En el correr de la tarde de ese mismo día, un mensaje ultrasecreto en código de la Comandancia de la Flota Combinada Japonesa, llegó a la mesa de trabajo en Tokio del Ministro del Ejército y Primer Ministro, general del ejército imperial Hideki Tojo. Este, luego de leer la comunicación y comprender lo que la pérdida aparejaba para el esfuerzo bélico japonés en el Océano Pacífico, se mantuvo impertérrito, como siempre. Momentos después, levantó el teléfono y transmitió en susurro una orden para su interlocutor al otro lado de la línea. La señora Akiko Tanaka, de cincuenta y cinco años, y que hacía de su secretaria privada, ingresó prontamente a su despacho. Si bien no era militar, solía pararse firme cuando la llamaba su jefe, a la espera de órdenes. «La navaja», como le decían a Tojo, esa tarde no lucía la mirada inexpresiva y gélida de costumbre, pensó Akiko.

—El almirante Yamamoto ha muerto —dijo sin más a su secretaria.

Akiko se demoró en asimilar la noticia, pero bajó poco después la cabeza en señal de respeto. No pudo evitar que las lágrimas comenzaran a brotar de sus ojos, pues conocía a Yamamoto. Ella sentía un particular aprecio por ese hombre tan amable y respetuoso.

—Lo que acabo de decirte es un secreto de estado. Tenemos que disponer varias cosas de manera tan urgente como reservada. Lo primero que debes hacer es mandar un mensaje ultrasecreto a la Comandancia de la Flota Combinada, ordenándoles de mi parte que acondicionen el cuerpo del almirante Yamamoto y que lo traigan por avión a la mayor brevedad posible a Tokio. Diles también que he ordenado ejecutar la «Operación Isis». Luego, y a más tardar en una hora, cita a la junta de comandantes. Lo último que quiero, después de reunirme con los comandantes, es que hagas venir al doctor Sato —ordenó Tojo.

Akiko se retiró consternada por la noticia. En tanto era una patriota, no cabía más que resignarse y seguir hasta el final. Sin embargo, nunca perdonaría a Tojo ni a los otros malditos militares el hecho de haber arrastrado de buenas a primeras a su amado y gentil pueblo a una guerra inútil y de imprevisibles consecuencias. Y todo como resultado de un orgullo nacional mal entendido. Nadie más que su padre había entendido correctamente qué fue lo que había dado pie a esta barbarie. Todavía resonaban en sus oídos sus palabras:

La diferencia entre un bruto y un sabio radica en su relación con la fuerza: mientras el bruto ve la razón en la fuerza, el sabio busca la fuerza en la razón.

